

Como un espectro
Miao Dao

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Phantomwise: 1972 / Miao Dao*
En cubierta: © Richard Tuschman/Trevillion Images
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© The Ontario Review, Inc. 2020
Published by arrangement with The Mysterious Press,
an imprint of Grove Atlantic, Inc., New York, NY, USA
© De la traducción, Susana de la Higuera Glynne-Jones
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19419-07-1
Depósito legal: M-18515-2022
Impreso en Gráficas Dehon
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Joyce Carol Oates

Como un espectro

Miao Dao

Dos novelas de misterio

Traducción del inglés de
Susana de la Higuera Glynne-Jones

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

Como un espectro	9
Miao Dao	97

COMO UN ESPECTRO

Sale del escarpado barranco cubierto de nieve. Se agarr a las rocas con las manos ensangrentadas. Mientras, nieva sin cesar y la temperatura desciende a dieciocho grados bajo cero.

¡Cuánta quietud reina en la nieve que cae mansamente entre las rocas! El anhelo, la tentación de tumbarse y dormir.

Él quería que ella muriera. Quiso matarla con sus propias manos. Pero ha logrado escapar de él y no la seguirá. (Ella jura que) no la encontrará jamás.

Para cuando pudo pensar *me ha pasado... a mí*, ya era demasiado tarde.

Había comenzado de un modo tan inesperado. Casi, pensaría Alyce después, como si lo hubiera hecho otra persona. Ella se había quedado mirando perpleja a corta distancia.

No fue que estuviera *borracha*. Solo tan emocionada, tan exultante, tan... *eufórica*.

Que él incluso se había fijado en ella. La invitó a acompañarle después de la recepción. Después de la conferencia. Él conocía al orador, un profesor visitante de la Universidad de Edimburgo. Antes de la ponencia, lo había visto hablar con el distinguido profesor de cabello blanco; los había visto sonreír y darse un apretón de manos.

Una teoría del lenguaje. Teorías del lenguaje. ¿Cómo se origina el lenguaje?: ¿es la conciencia una pizarra en blanco (como alguna vez habían pensado filósofos como John Locke) o es la conciencia algo así como un campo de relucientes posibilidades, generadas por las singularidades del cerebro humano?

Si la conciencia se puede desencarnar, ¿existe la posibilidad de que la conciencia persista después de la muerte física? ¿Existe la posibilidad de un *encantamiento*?

Le preguntó qué le había parecido la conferencia y Alyce respondió que no podía darle una opinión, ya que no tenía suficientes conocimientos de la materia. Y él le contestó algo que sonaba a «Bueno, los tendrás. Solo acabas de empezar».

Qué halagador para Alyce Urquhart, a sus diecinueve años.

Cruzaron el campus, ya de noche. Más tarde, se daría cuenta de con qué sutileza la guio: un leve roce en el brazo, una indicación. «Sí, por aquí. Vamos».

Después recordaría cómo, al anochecer, los antiguos edificios góticos del campus adquirirían un aire sepulcral. Y cómo una velada niebla parecía irradiar de las farolas, como si el mismísimo aire se hubiera vuelto borroso.

Los altos y rectos abetos se elevaban hasta donde alcanzaba la vista. Adentrarse en la arboleda era como penetrar en un bosque encantado que delimitaba la linde occidental del campus.

Tenía el corazón henchido de tanta felicidad. Si fuera a morir, si ya hubiera muerto, ese sería el momento que recordaría más vívidamente: los preciosos abetos y el joven profesor de Filosofía a su lado, que la había elegido a ella para prestarle toda su atención aquella noche.

Pero ella no conocía a su profesor lo suficiente como para exclamar: «¡Oh, qué hermoso! Mire».

Fuera lo que fuera lo que Simon Meech le hubiera dicho a Alyce Urquhart aquella noche, Alyce no lo recordaría con exactitud. Incluso en presencia de personas que conocía, Alyce tendía a mostrarse tímida, y a Simon Meech no lo conocía en absoluto. Sin embargo, de repente, significó mucho para ella; no se había figurado cuánto. Y solo vagamen-

te recordaría, como quien no quiere la cosa, cómo la alejó de su residencia. Lejos del comedor iluminado, demasiado cálido y bullicioso, donde a esa hora de la noche habría estado empujando una bandeja de cafetería en compañía de otras chicas y escuchando o medio escuchando su parloteo en un estado mental plácidamente neutral, con la mente en blanco, y sin tener que preguntarse: *Pero ¿quién soy yo para estar haciendo esto? ¿Y qué resultará de todo ello?*

Lo que resultará: el barranco escarpado y cubierto de nieve, las manos ensangrentadas agarradas a las rocas, la determinación de auparse, no rendirse y no morir.

Un otoño brumoso, azotado por la lluvia. Se había imaginado su segundo año en la universidad como una especie de isla flotante, un oasis entre los escombros de su vida familiar.

Y qué resultará de ello. Qué será de mí.

La clase preferida de Alyce era un seminario de escritura creativa de poesía, impartido por un anciano poeta visitante de Boston. En una ocasión, Roland B___ había conocido a Edna St. Vincent Millay y Robert Frost, a Ezra Pound y T. S. Eliot, a Wallace Stevens, William Carlos Williams y Marianne Moore. Afirmaba haber mantenido relaciones cordiales con Robert Lowell, Elizabeth Bishop y Anne Sexton. Conocía a Sylvia Plath «desde hacía un tiempo provocativamente corto».

Tenía una cabeza calva y lisa con forma de cúpula que parecía demasiado grande para ser tan estrecho de hombros. Ojos sensuales, profundamente hundidos en las cuencas, como los de una tortuga, pero luminosos. Roland B___ siempre parecía tener frío, aunque fuera vestido como para afrontar los inviernos del norte del estado de Nueva York: chaquetas de *tweed* Harris con coderas de cuero, chalecos de punto y bufandas de lana colgadas del cuello con elegancia. El dorso de sus delicadas manos era inusualmente pálido, y la piel parecía suave y flácida. Alyce tenía la impresión de que, si se inclinaba sobre la mesa del seminario y presionaba el dedo índice en esa piel, el hueco se rellenaría muy despacio.

En voz alta, con un tono grave y solemne, el anciano poeta leía, o a veces recitaba, poesía como si estuviera solo y los estudiantes tuvieran el privilegio de escucharlo si aguzaban el oído. Alyce se quejó de un dolor en el cuello después de tres horas en el seminario, inclinada hacia delante para no perderse una sola sílaba.

No se trataba de una verdadera queja, por supuesto. Su corazón latía de asombro por el distinguido poeta, tan dichosamente egocéntrico que parecía un buda regodeándose en su propia divinidad.

En la primera reunión de clase, Roland B___ le pidió a cada joven poeta que recitara uno de sus poemas favoritos: «un poema de una grandeza indiscutible». La solicitud cogió a todos desprevenidos. Nadie estaba preparado para aquello.

Alyce recitó un poema poco conocido de William Butler Yeats: *A una amiga cuyo trabajo ha sido en vano*¹. Desde

¹ *To a Friend Whose Work Has Come to Nothing* (N. de la T.).

un punto de vista técnico, el poema le resultaba fascinante: áspero, contundente, acusatorio, con un esquema de rima formal, la rabia atemperada por el arte. Cuando estaba en el primer año, había memorizado el poema de su antología de literatura inglesa de manera inconsciente; un día, se había percatado de que se lo sabía de memoria.

Le gustaba la furia silenciosa de los últimos versos: «En medio de un lugar pétreo / sé discreta y regocíjate, / porque de todas las cosas conocidas / eso es lo más difícil».

Fuera lo que fuera lo que Roland B___ se esperara de una estudiante universitaria, estaba claro que no esperaba este apasionado poema de Yeats.

— ¡Vaya! Una elección única, señorita... — dijo, mientras repasaba con los ojos entrecerrados la lista de clase al tiempo que Alyce pronunciaba su apellido en un avergonzado murmullo—: Urquhart.

— Ah, Urquhart. — Como si el nombre le dijera algo.

Roland B___ miró a Alyce con gesto perplejo.

Claramente, Roland B___ no sabía qué pensar de ella, todavía.